

SEGUIRÉ VIVO

Una historia real
de sanidad y esperanza

DAVO GUZMÁN

Título: Seguiré vivo

Autor: David Guzmán Medrano

© 2025 David Guzmán Medrano

ISBN 978-607-29-7699-3

Este libro ha sido coeditado por
Editorial Quiosco Oropéndola y Humus.

Edición y corrección de estilo: Alma Morales

PRIMERA EDICIÓN, 2025.

Reservados todos los derechos conforme a la ley.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro
sin previa autorización por escrito del autor.

Información de contacto: seguirevivo.com

Diseño de cubierta, diseño editorial y maquetación:
Danilo Design Group

Imprenta: Fuerza Gráfica del Norte

*Este libro está dedicado a aquellas personas que,
en medio del dolor o de una profunda prueba,
mantienen viva la esperanza.*

Contenido

<i>Capítulo 1: Todos hemos vivido una crisis</i>	1
<i>Capítulo 2: Renovación</i>	45
Cruzando el desierto	99
<i>Capítulo 3: Reconstrucción</i>	103
Seguiré vivo	149
Testimonios	163
Agradecimientos	173
Epílogo	175

CAPÍTULO 1

Todos hemos vivido una crisis

*La gema no puede ser pulida sin fricción,
ni el hombre perfeccionarse sin pruebas.*

—Proverbio antiguo

El encierro

Permítanme comenzar con una breve reflexión sobre la reciente pandemia global que experimentamos. Sabemos que cada experiencia es distinta, pero creo que algunas vivencias fueron muy similares para millones de personas. Es importante hablar de ello para transmitir la crisis que viví durante varios años.

Cuando nos confinaron en casa, se desató una revolución en todo el mundo; ningún país estaba preparado y todos se vieron superados en sus planes de contingencia. Las empresas tuvieron que implementar el *home office* y tuvimos que adaptarnos a ello. Las personas que en ese momento vivíamos en familia no estábamos acostumbradas a estar en casa conviviendo constantemente. Nos

vimos obligados a asumir plenamente el rol de llevar una casa. Y debo decir, de paso, que este hecho fue un factor que reivindicó la labor de la mujer dedicada al hogar.

El encierro global nos atrapó por completo. Nos sentíamos libres navegando en internet, explorando el ciberespacio a nuestro antojo, y nunca nos dimos cuenta de que esa libertad acabaría por aprisionarnos.

El confinamiento en casa, total o parcial, fue un paraíso para algunos y un infierno para otros. Pasaban los días y se asemejaba a una marea que oscilaba de un lugar a otro y de una emoción a otra, especialmente cuando las empresas, en su afán por no perder el camino, trasladaron a los medios digitales todo su empeño en absorber el tiempo de sus empleados. Con la excusa del COVID-19, ya no se respetaban los horarios para mensajes o reuniones en videollamadas. No solo las empresas se vieron envueltas en esta invasión digital; también lo hicieron el gobierno, las iglesias y cualquier organismo —ya fuera por deber o por interés comercial— saturaron las líneas de comunicación digital para acercarse a quienes ya no estaban presencialmente en su territorio.

Todo esto nos envolvió, dejándonos aprisionados en casa.

No sé cuándo leerás este libro ni cómo será el futuro; siempre es incierto. Pero si has visto la película *Wall-E* (2008), recordarás que sus escenas anticiparon cómo sería la vida rutinaria en el futuro: una vida silenciosa, sin

palabras audibles, un mundo comunicado pero incomunicado a la vez, una dinámica de encierro ante una máquina. Así se vivió la vida laboral y educativa en la pandemia de 2020.

¿Hasta dónde nos llevará este rezago de la vida virtual? En fin, quienes vivimos ese encierro quedamos marcados.

Ahora quiero contarte sobre otro encierro que viví veintiún años antes de 2020, también a causa de un virus. Seguramente dirás: —¡Ah, caray! ¿De qué me perdí? No recuerdo ninguna pandemia veintiún años atrás. Efectivamente, no hubo una pandemia, pero sí viví un encierro aterrador, también a causa de un virus.

Contaré poco a poco sobre esta experiencia. Empezaré relatando el momento en el que me sentí más aprisionado.

Era la quinta ocasión en que el virus me atacaba y me avasallaba. La quinta vez que ingresaba al hospital por este virus. Estaba en mi cuarto de hospital; un espacio que podría parecer un hotel para quienes venían a visitarme, pero que para mí se sentía como una prisión. Estos cuartos de hospital privado están diseñados para la convalecencia, pero el que menos los disfruta es el enfermo. No quiero desmerecer el derecho a la comodidad que tienen los familiares que cuidan de sus seres queridos en un hospital de este tipo, pero tampoco puedo dejar de mencionar la realidad: en un proceso de enfermedad verdaderamente difícil, resulta imposible disfrutar de un

lugar así. Puedes pensar que exagero, que no debería ser tan difícil disfrutar de un cuarto cómodo mientras estoy enfermo. Pero déjame que te cuente.

Cuando pasé por ese momento trágico de encierro, no se trataba solo de estar enclaustrado entre cuatro paredes; era como estar encerrado en mi propio cuerpo. Solo mi alma y mi mente estaban conscientes. Mi cuerpo estaba ausente. El virus de Epstein-Barr despertó mi sistema inmune y provocó un síndrome de Guillain-Barré, que se anidó en mi sistema nervioso periférico y lo atacó de

manera devastadora. Poco a poco, comenzó a inmovilizar mi cuerpo, iniciando por las puntas de los dedos de mis extremidades y avanzando hacia las piernas y los brazos, hasta afectar algunos de mis sentidos (ojos, oídos, habla) y el tronco de mi cuerpo. La consigna del personal médi-

*“En medio del caos,
no sé cómo ni en qué
momento exactamente,
algo en mi interior
me hizo anhelar
recuperarme.”*

co era evitar que el virus o el síndrome detuvieran mi corazón. Mientras luchaban contra este ataque con un arsenal de medicamentos, la única interacción que podía tener con mi entorno era el rostro borroso de quien se acercaba a mí a unos 30 centímetros de distancia. Fuera de eso, no sabía cómo era el lugar en el que estaba; no tenía sentido del espacio, no podía mover mis extremidades, no podía hablar, ni ver con claridad. Estaba privado de mi exterior.

Sabía que estaba vivo por la hipersensibilidad que sentía en mis manos y pies, por los movimientos borrosos de color que de pronto aparecían en mi vista alterada y por el bullicio indefinido de quienes me cuidaban, un sonido que se escuchaba entre el pitido constante en mis oídos y las palabras que llegaban a mí como susurros cuando alguien se acercaba a darme aliento o indicaciones. Allí estaba, moribundo, aunque vivo; respirando, pero sin un sentido claro de lo que me esperaba, no solo en el futuro cercano, sino al menos minutos después de cada instante de vida que tenía.

Los amigos, familiares y curiosos que entraban a verme veían a alguien inmóvil; yo estaba atrapado en mis pensamientos, incapaz de comunicarme con nadie para explicarles lo que estaba viviendo ahí adentro, aprisionado y encerrado en mi propio cuerpo. En mi interior, era la inmensidad de un desierto solitario que gemía con el sonido de innumerables torbellinos de pensamientos.

Pero en medio del caos, no sé cómo ni en qué momento exactamente, algo en mi interior me hizo anhelar recuperarme. Y sabía que ese algo era más bien alguien. Cuando estás en esa condición, sabes que no se trata de ti mismo, sencillamente porque te das cuenta de que de la nada puedes quedar en la nada. ¡Qué fragilidad! Un virus. Un caso especial. Estadísticamente, ese virus se anidaba en otras partes del cuerpo, pero no en el tallo del cerebro. Vagamente recuerdo que comentaron que en aquel

entonces, cuando era una enfermedad rara, sucedía algo así como uno entre un millón, y me tocó a mí, precisamente a mí. Una tragedia. Y surgía la duda: ¿destino, castigo o consecuencia? No era momento para definirlo; había que pensar en el para qué, no en el por qué, en soluciones, no en razones. Porque, independientemente de la razón, una cosa estaba clara: de la nada puedes quedar en la nada. Estando ahí, reducido a un alma viviente incapaz de conectarse con su alrededor, te das cuenta de lo imposible que es, con mera actitud entusiasta, salir adelante. Tener una actitud positiva en esas circunstancias resulta bastante complicado. Y precisamente eso me hizo entender que ese alguien que me impulsaba a aspirar a la recuperación definitivamente no era yo mismo. Era un asunto divino; solo el Creador podía generar, a través de su Espíritu en mí, un cambio de actitud tan audaz.

Lo que me esperaba en los próximos años, junto a mi esposa, era algo verdaderamente audaz, casi osado. No sabíamos lo que vendría: tiempos difíciles, luchas intensas y una fe renovada. No teníamos un mapa ni un radar que nos anticipara cuándo volvería a atacar el virus. La incertidumbre era palpable. Pero Dios sabía cuánto deseábamos avanzar. Teníamos esperanza y fe. Nos sentíamos desolados, en una tierra resquebrajada por el terremoto de la enfermedad que me había tocado vivir; pero ahí estábamos, dos guerreros dispuestos a enfrentar lo que viniera. Sabíamos que no estábamos solos; nuestros familiares y

amigos nos acompañaban, y también manteníamos una fe en Dios que se estaba purificando a través del fuego. El fuego purifica y transforma.

Pensaba en cómo esta enfermedad, como un fuego, estaba provocando algo en mí desde adentro. Estaba desgastado y abatido, pero, a la vez, en mi abatimiento, sentía que me observaban desde arriba. Había tantos detalles que debilitaban la idea de que tanto cuidado fuera solo fruto del amor humano o de la suerte. Cuando las cosas superan tus expectativas, es muy probable que se trate de una intervención divina. Y eso fue exactamente lo que experimentamos.

Prisionero de esperanza

Días después, ahí estábamos. Aún éramos dos. Los doctores habían controlado el embate viral. Perdimos la cuenta de las resonancias magnéticas y punciones lumbares realizadas (nunca pensé que la posición fetal, tan cómoda en el vientre de mi madre, se convertiría en una postura de dolor y angustia). Recuerdo la operación de cateterismo, en la que debía estar despierto para asistir al cirujano mientras pasaba el catéter por mi corazón rumbo al cerebro; esa experiencia fue como esas películas tristes que no quieres ver, pero te obligas a terminarlas con la esperanza de que concluirán en algo bueno.

Y sí, terminó en algo bueno, al menos a largo plazo. Sin embargo, en el corto plazo, lo único que ocurrió fue

que la inflamación no avanzó de tal manera que acabara con mi vida. Pero, sintomáticamente, todo seguía igual: sin movimiento en las extremidades y con diversas afectaciones. Solo mi ánimo se resignaba a quedarse quieto.

Ahora que he escuchado la canción de Drexler, entiendo por qué me resignaba; la letra dice: “Si quieres que algo se muera, déjalo quieto”². Me resignaba a permanecer quieto, al menos en mi esperanza. Era como ser un prisionero de esperanza: encarcelado en mi interior, sin poder conectar con el exterior, pero con una esperanza inquieta, dinámica y visionaria.

Días más tarde, me encontraba en el restaurante del hospital, como si fuera mi salida de fin de semana. Me hubiera gustado ir al bosque, respirar aire fresco, sentir la brisa, correr a paso firme entre las montañas y terminar con un asado. Pero no, mi salida fue a ese restaurante. Y ni siquiera podía alimentarme a mí mismo; me tuvieron que dar de comer. No podía usar mis manos ni para llevar el bocado a mi boca. Al menos podía comer, eso sí. Mi aspecto era como el de un niño con parálisis cerebral. Por eso respeto mucho a esos niños y a sus familias, porque de alguna manera pude experimentar lo que siente una persona así (sé que no es lo mismo, pero al menos es más cercano de lo que puedo imaginar). Seguía ahí, encerrado en mí mismo, sin poder contactar con el exterior a través de mi cuerpo. Lo único que hacía contacto con quienes

velaban por mí era el tenue brillo de mis ojos, que estoy seguro expresaban un atisbo de esperanza.

Dicen que, a pesar de mi estado, conforme iba teniendo un poco más de reacción (aunque fuera muy poca), mis gemidos y expresiones faciales tendían a reflejar alegría. Creo que eso era porque siempre pensé en sanar. Recuerdo que, ya avanzados los días en el hospital, me sentaron en un sillón. Mis amigos y familiares me visitaban; veía el desfile de cada uno de ellos. Y mientras me decían palabras de aliento, me iba resbalando del sillón (ni eso podía evitar). Pero, mientras nadie se daba cuenta, intentaba mover los dedos de mi mano derecha. Movimientos milimétricos. Aún conservaba la memoria muscular de los dedos de pianista. Solo yo sabía de esos primeros movimientos durante el inicio de mi convalecencia. Era obvio que nadie se percataba de ellos, pero los movía. Con obstinación. Con diligencia. Con esperanza y mucha, pero mucha fe.

En fin, habían pasado un montón de sucesos, todos difíciles, y cada uno de ellos fue una batalla que íbamos venciendo. Mi esposa y yo nos sabíamos acompañados; no sabíamos con precisión por quién, pero había una seguridad en nosotros que no podía venir solo de nuestra voluntad guerrera. Si bien, en ese momento, éramos solo dos enfrentando nuestra batalla, había cientos de personas peleando con nosotros a la distancia. Multitudes de amigos con la misma fe se habían unido, cada uno desde

su trinchera, orando al mismo Dios, pidiendo un milagro y rogando por sanidad. Qué bendición tener hermanos en Cristo que te acompañan cuando pasas por el valle de sombra y de muerte.

Este fue uno de los momentos más difíciles de la crisis que vivimos. Pero apenas era el principio. La historia continúa, pero quiero hacer una pausa. Mi esposa y yo no somos los únicos que hemos vivido situaciones difíciles. La vida es una montaña rusa llena de subidas y bajadas pronunciadas que producen adrenalina pura. Nadie logra permanecer siempre equilibrado. El equilibrio llega, se va, regresa y vuelve a irse. Dicen que el equilibrio es inestable. Si hay algo constante en la vida, es que siempre habrá dificultades. Sé que tú también las has tenido, que has vivido tus crisis; no sé si estás en medio de una, si ya la superaste o si algún día la enfrentarás. Lo que sí sé es que a través de este tipo de historias nos inspiramos unos a otros, y eso enriquece. Con esa intención, sumado a la historia de resiliencia que vivimos, poco a poco, entre líneas te compartiré ideas que no pretenden ofrecer soluciones, pero sí motivaciones relevantes que aporten valor a lo que sea que te toque vivir.

Entonces, preparemos el camino. La idea general de esta primera parte es ayudarte a dejar de lado esos pensamientos que te convierten en una persona paralizada por el miedo que genera la crisis. Debes sacudirte la actitud de víctima y transformarte en el héroe de la historia que

estás viviendo. Así que lo primero que necesitas hacer es estar dispuesto a iniciar este cambio de perspectiva.

Continuemos. Ahí estábamos, listos para salir del hospital, con un alta que contrastaba con un cuerpo inmovilizado y con las escasas esperanzas que los médicos especialistas nos ofrecían. Digo, cuando uno sale del hospital, espera hacerlo con el problema resuelto; si no, ¿para qué ir? Podríamos haberlo visto como llevar un auto al taller mecánico con la esperanza de arreglarlo y regresarnos a casa con el vehículo en grúa. Sin embargo, mi esposa y yo salimos de ahí con una perspectiva distinta a lo que los hechos indicaban. Salimos, sí, con un dejo de tristeza, pero con mucha disposición para resolver la situación. Y no les diré que todo fue “miel sobre hojuelas”; no fue fácil. Vivimos juntos angustias, y cada uno enfrentó sus propios retos internos. La perspectiva era complicada, pero algo ocurrió.

No sé con precisión cómo (desde mi perspectiva de fe, creo que fue Dios poniendo su Espíritu en nosotros), pero ambos supimos que lo primero que debíamos hacer para cambiar de perspectiva era aceptar la realidad y anhelar otra. Puedes aceptar la realidad y acostumbrarte a ella, o puedes aceptarla y dejar de lado los pensamientos pesimistas para buscar la manera de transformarla. Así que decidimos sacudirnos la derrota y dirigirnos hacia la victoria, ya fuera sanando por completo de la minusvalía en la que había caído o, al menos, de manera parcial. Y

ahora que lo escribo, parece fácil, pero fue realmente difícil. Aprendí que lo heroico no radica en los “súper poderes” que una persona pueda tener, sino en la determinación para lograr algo a pesar de no tenerlos y, sobre todo, frente a las dificultades que se presentan.

Con respecto a lo que comenté anteriormente sobre “sacudirnos nuestra actitud de víctima”, C.S. Lewis, en su libro *El gran divorcio*, dice: “Los que optan por el dolor pueden retener de rehén a la alegría, a cambio de piedad”³. Es fundamental evitar sentir alegría cuando alguien nos muestra piedad, ya que eso puede llevarnos a acostumbrarnos a vivir en un estado de aflicción, sintiéndonos cómodos y dueños de ese territorio. Este tipo de piedad es denigrante, no para quien la ofrece —que puede tener sus razones, justas o injustas, sinceras o frívolas—, sino para quien la recibe. Un ser humano no debería ser rehén de una alegría tan efímera; debería aspirar a más.

Desde mi perspectiva de fe, hemos sido creados para un propósito mayor que simplemente recibir la generosidad de otros. Ese propósito mayor es dar. Hay una frase bíblica que dice: “Hay más alegría en dar que en recibir”. Hay mucha verdad en esa afirmación. La alegría que se experimenta al dar con generosidad supera a la de recibir. Lo he vivido en carne propia. No es malo recibir algo de una mano generosa; todos hemos sido bendecidos por alguien. Lo que es problemático es encontrar placer en recibir sin una mínima motivación para imitar esa

generosidad. La piedad generosa está destinada a ser impartida por todos nosotros.

El cambio de perspectiva implica evitar sentirnos cómodos con la adversidad que estamos viviendo. En mi caso, no debía quedarme en la zona de confort de la minusvalía generada por el virus; debía aceptarla y buscar maneras de vivir con alegría, bendiciendo a otros con mi vida, en lugar de esperar pasivamente la buena voluntad de quienes me acompañaban en mi quebranto. A veces, la crisis puede hacernos pensar que nuestra vida ha perdido valor por lo que estamos padeciendo. Sin embargo, incluso en esas circunstancias, hay un valor efervescente que brilla a través de nuestros ojos, aunque estén ojerosos y cansados; que se expresa en el sonido dulce de nuestras palabras, aunque estén entrecortadas por el sufrimiento; y que se refleja en una sonrisa, aunque esté chueca o chimuela. Todo esto es posible cuando sabemos que somos felices y afortunados por tener un propósito de vida, aun en medio de las dificultades.

“Luchamos contra el miedo y, no sé cómo, fuimos conquistando cada una de las complicaciones, simplemente porque mantuvimos la esperanza.”

Quizás en este momento no percibas ese propósito o no te sientas cómodo con lo que ves como tal. Más adelante hablaremos de esto y quizás puedas identificar algo que te haga cambiar de perspectiva. Por ahora, quiero compartirte lo que Marcos Vidal dijo sobre la razón que lo llevó a escribir su canción “El payaso”⁴. Pero antes, te platico de qué trata la canción, parafraseando su letra:

La canción narra la historia de un payaso que se sentía inconforme con su identidad. Se sentía ridículo al pintarse la nariz y anhelaba ser equilibrista, deseando ser ovacionado como ellos. A medida que avanza la canción, se revela que nunca supo apreciar la dignidad de su rol: brindar alegría a los niños que asistían al circo. Un día, en una mañana blanca e invernal, no pudo resistir la tentación y, tras un ensayo, subió al travesaño. Una vez en lo alto, sintió un vértigo abrumador, y al darse cuenta de que no había malla de protección, cayó súbitamente. El domador de leones fue el primero en verlo y logró salvarle la vida. Sin embargo, el payaso quedó lisiado de ahí en adelante. Al recibir la visita de los equilibristas, les preguntó qué había sucedido con el circo, y ellos le revelaron que había cerrado porque ya no acudían niños a las funciones. No supo reconocer la importancia de su papel.

Marcos Vidal comparte en un video testimonial que la historia de su canción es una parábola de su propia vida. Al igual que el payaso, él también ha experimentado momentos de inconformidad con su identidad, deseando

ser alguien más o desempeñar un papel que parecía más significativo. Sin embargo, al final descubre que su rol actual es esencial y verdaderamente importante.

Marcos relata que ha vivido experiencias similares a las que yo enfrenté: un virus lo afectó tanto que tuvo que aprender a caminar nuevamente. Esta situación lo llevó a pensar que Dios no podría utilizarlo para nada, pues sentía que le faltaban las cualidades necesarias. Sin embargo, afirma que la canción ilustra cómo Dios nos ha diseñado de manera única, equipándonos para realizar buenas obras a lo largo de nuestras vidas.

Cuando las cosas van mal, qué difícil es ver en perspectiva. El caos produce desesperación y nos nubla el paisaje en el que estamos. Es como ir cuesta arriba por un sendero angosto que tiene el despeñadero por un lado, la enorme pared de la montaña por el otro y, alrededor, solo una niebla que nos deja ver un par de metros mientras avanzamos. De por sí, la crisis aplasta nuestra autoestima y, encima, si le sumas lo que te aqueja —en mi caso, la minusvalidez—, la situación se pone verdaderamente complicada.

Pero si hacemos un alto en el camino y respiramos profundamente, percibiendo con el olfato y el oído que detrás de esa niebla hay un bosque verde, solo será cuestión de esperar a que pase el mal tiempo; entonces podremos pensar de una manera distinta. Y aunque sea desierto, si se sabe aprovechar, ahí también habrá oportunidades.

La oportunidad se encuentra con quienes anhelan, quienes se deciden y quienes la aprovechan. La oportunidad y el aprovechamiento son como dos imanes.

Viene a mi mente el recuerdo de cuando fuimos a ver el terreno donde estaría nuestra casa. Parecía un campo minado: estaba totalmente desnivelado, había materiales por todos lados, pozos aquí y pozos allá porque estaban poniendo cimientos. No puedo negar que nos emocionamos, claro que sí, pero también nos mirábamos y, calladamente, solo con expresiones, nos decíamos: “Así no va a quedar”. Ninguno de los dos nos dedicamos a la construcción como para entender con claridad lo que iba a pasar después. Y, a decir verdad, aunque ese primer encuentro con nuestra casa no fue algo “mágico”, los dos nos fuimos muy contentos porque teníamos la esperanza de ver nuestra casa como aquella casa muestra que nos presentaron.

Algo que me llamó mucho la atención era el patio de la casa. Verdaderamente era un desastre: desnivelado, sin límites, sin proporción de nada. Pero, con el paso del tiempo, cuando regresamos a ver la casa, vi que ya estaba allanado el patio, tal como lo estaba también el camino a la casa.

Tal vez eso piensan mis clientes cuando les muestro apenas la maqueta del jingle (canción publicitaria) de su marca o campaña. En ocasiones, solo les presento la melodía cantada con mi voz y les explico que aún falta mucho

trabajo, al igual que el arquitecto nos explicó al ir a ver nuestra casa. Ellos tratan de imaginar la pieza terminada mientras les comento sobre la instrumentación que se añadirá. Esto sucede en muchos otros casos cuando un proyecto apenas está comenzando.

Seguramente tú tendrás tus propias anécdotas. Bueno, justo así es lo que ocurre cuando estamos en medio de una crisis: vemos un campo minado sin allanar, unas notas volando por el aire sin formar una melodía definida. Pero si dejamos pasar el tiempo, pronto veremos la casa construida o la melodía bien definida. Y será una casa que nos recordará que no fue fácil, pero valió la pena; y una melodía que, aunque por momentos fue triste, terminó en un sonido alegre y lleno de victoria.

Cuando pasamos por crisis, aprendemos mucho. Lo que no entendemos en su momento, con el tiempo se aclara. Eso fue lo que experimentamos Martha Esperanza y yo. Parecíamos prisioneros de la crisis, pero en realidad, lo que ocurrió en nosotros fue que fuimos prisioneros de esperanza. La esperanza no moría en nosotros. Mientras estábamos en la crisis, enfrentando prueba tras prueba, sucumbiendo ante los diagnósticos y temblando por el pronóstico poco favorable, luchamos contra el miedo y, no sé cómo, fuimos conquistando cada una de las complicaciones, simplemente porque mantuvimos la esperanza. Desde esta perspectiva de fe en la que fuimos creciendo, nos quedó claro que todo era cuestión de tiempo, porque

teníamos la certeza de que el dueño de nuestra adoración es el dueño de los tiempos, y al final, Él es quien triunfa. Y como eres su hijo, triunfarás con Él. Eso es lo que habíamos aprendido en teoría cuando fuimos instruidos en la fe y lo confirmamos en la realidad. Tuvimos que vivirlo para creerlo.

Mientras sigues leyendo el libro, intentaré clarificar cómo, desde aquellos momentos iniciales de la crisis, mi esposa y yo fuimos llevados por Dios en sus manos. ¿Cómo puedo explicarte esto? Ya has visto y seguirás viendo cómo dimos pasos inconcebibles que no se pueden entender hasta que los vives en tu propia vida. Fueron tantas intervenciones que rayaban en lo inverosímil que ya no podía considerarse casualidad. Claro, entiendo que lo percibo así por la fe que tengo. No pretendo que creas lo que creo; estoy compartiendo esto con mucho entusiasmo y amor. Sé que este mensaje puede ser leído por alguien con mi fe o sin ella. Trataré de hacerlo lo mejor posible para que, independientemente de tu perspectiva de vida, con fe o sin ella, puedas sopesar lo que vivimos.

Tal como soy me ama

“Disfrutar más la trama que el desenlace”⁵, así dice la canción de un compositor que ve la vida desde un punto de vista humanista. Me refiero nuevamente a Jorge Drexler. Me encanta su música, y también su manera tan inteligente de hacer poesía. Respeto mucho su postura ante la vida,

pero difiero de ella por el contacto que he tenido con el evangelio. Ver la vida solo a nivel de “lo que vemos” nos deja muy limitados; justamente nos lleva a “disfrutar más la trama que el desenlace”; es decir, todo se enfoca en vivir el momento sin importar lo que venga. Esta postura es muy egoísta y poco visionaria, según el evangelio, donde hay más que trama, donde las cosas no solo se definen por lo que alcanzamos a ver, sino que tienen un propósito eterno. Y precisamente la vida se disfruta cuando entiendes “el desenlace”, el propósito eterno. Cuanto más valoras el desenlace, más comprendes y disfrutas toda la trama de lo que sucede en la vida.

Con lo que digo no pretendo desconectarme de la realidad. Sé que fuimos hechos como seres inteligentes. Por ello, la ciencia nos llama la atención y queremos saber más de todos los fenómenos no solo de la naturaleza sino del universo entero. A través de ella nos acercamos a la creación, y eso es importante; necesitamos conocer el porqué de las cosas, pero no solo debemos enfocarnos en el porqué, sino también en el para qué. Gracias a los avances científicos, lo que era relevante hace unos años, en algunos casos, hoy queda obsoleto. Antes, el avance científico era más lento, pero la ciencia y la tecnología progresan tan rápidamente que, en cuestión de meses, todo puede cambiar en relación con un tema, y a veces incluso más rápido.

Por lo tanto, considerar solo un punto de vista es quedarnos con muy poco. Debemos tener en cuenta no solo la comprensión de ese avance desmedido y progresivo que brinda la ciencia, sino también mirar más allá y conocer al Creador de todo lo que la ciencia estudia. Pensar en el Creador es pensar en la eternidad. Y aunque, a primera vista, la vida eterna es esperanza, es intangible, podemos volverla tangible en la medida en la que dejamos que el Creador nos muestre su panorama divino.

“Él nos da esa oportunidad, y lo hace, porque nos ama, porque no nos quiere dejar igual.”

Hay una frase que recorre el internet como una expresión de Albert Einstein: “Todo aquello que el hombre ignora, no existe para él. Por eso el universo de cada uno se resume al tamaño de su saber”. Aplicada a esta re-

flexión que estamos haciendo, entonces, que “el tamaño de nuestro saber” nos permita comprender la dimensión de lo que nos estaríamos perdiendo si solo nos dedicamos a disfrutar la vida, sin pensar en nuestro propósito eterno.

Qué importante es ver la vida desde la perspectiva eterna. Formamos parte de un todo en la creación. No somos seres aislados; no somos el centro del universo. No se trata solo de mí o de ti. No solo es nuestra trama lo que importa; hay un desenlace al final de los tiempos. Sospecho que, cuando tendemos a devaluar nuestra vida

por los embates desafortunados que nos toca vivir, es precisamente porque nos estamos enfocando más en la trama que en el desenlace.

“La vida siempre se las arregla para ser más bella que trágica”⁶. Escuché esa frase expresada por el personaje Nathan Katowski en *This Is Us*, una serie televisiva. Y es muy cierto, sobre todo cuando al decir “la vida” estamos hablando del “todo”, del “Tao”, eso que los orientales identifican como El Camino, La Luz, como aquello que gobierna todo lo que nos rodea. Pero aclaremos: eso indefinido que los orientales conceptualizan como el Tao, en el cristianismo está bien definido e identificado en Cristo, quien dijo que es El Camino, La Verdad y La Vida. La fe cristiana no es etérea; tiene forma, pisó esta tierra antes de volver a las alturas: es Cristo. Y cuando pisó esta tierra, experimentó todos los quebrantos que puede padecer un ser humano. Y los venció. Cristo, La Vida, se impuso ante la tragedia. Por eso, cuando estamos inmersos en esa vida, nos las arreglamos para que, a pesar de la tragedia, nuestra vida sea bella.

De Cristo emerge el propósito eterno del Dios único, y ese propósito eterno lo rige todo. Pretender imponer nuestros propósitos individuales a ese propósito eterno es como querer que una hoja que tuvo vida al estar unida a un árbol, pero que ahora se ha desprendido porque, al llegar el otoño, cumplió su ciclo de vida, sea el motor de todo un bosque. Aun el bosque, con su grandeza y belleza,

pertenece a algo más grande: a una creación y a un Creador. Entonces, debemos entender que la vida siempre tendrá más belleza que tragedia; solo es cuestión de verla desde la perspectiva completa, la perspectiva divina, la perspectiva del propósito eterno.

Ahora, al decir verdad, en el momento de la crisis que vivimos mi esposa y yo, fue muy complicado entender lo que nos estaba tocando vivir desde este panorama completo de las cosas del cual hablamos líneas arriba. El virus me tomó por sorpresa. Quedé perplejo. Inmovilizó no solo mi cuerpo, también mi ánimo. Sí, tenía un rayito de esperanza, pero al verme en mi parálisis, todo se resquebrajaba. Fueron interminables subidas y bajadas de ánimo en mi vida. Sientes que todos te miran, te juzgan, se burlan. El mundo se te derrumba y lo que quieres es salir corriendo, dejarlo todo, darle libertad a tu esposa otorgándole el divorcio para que rehaga su vida. Quieres huir al bosque más lejano, vivir como un ermitaño montañés sin que nadie te vea... pero estás discapacitado, no puedes valerte por ti mismo. Estás encarcelado en tu cuerpo y tus deseos lo están contigo. Lo sé, lo viví. En los momentos más difíciles es cuando más debes pensar en el propósito eterno, pero es cuando menos puedes hacerlo debido a las condiciones que enfrentas.

Y me parece justo no poder hacerlo, porque somos humanos; tenemos fragilidad y la fragilidad pesa. Pero nota que dije que “me parece justo”, no injusto. Es justo

porque forma parte de la naturaleza humana. Nuestra naturaleza contiene egoísmo, vanidad, orgullo, arrogancia, en fin, pecado. Así somos. Pero injusto no lo es. Injusto sería que, en momentos así, donde no nos da la humanidad para comprender las cosas, el Creador nos dejara a la deriva, pero no es así. Cuando nos topamos con esos momentos, es cuando Dios está buscando nuestra atención. Encontrarnos con esos puntos de quiebre es tener la oportunidad de resurgir, de renovarnos, de resucitar. Él nos da esa oportunidad, y lo hace porque nos ama y porque no nos quiere dejar igual.

Ahora, el hecho de que podamos decir, a la luz de esta manera de ver las cosas, que nos parece justo y no injusto, no implica que seamos justos. De hecho, no lo somos; somos culpables por toda esa naturaleza pecaminosa que tenemos. Pero el Creador, el Dios eterno, sí es Justo, y su Hijo, el Justo, hizo todo lo posible por justificarnos al morir en la cruz del Calvario.

Hay una manera de simplificar esta idea: veamos la palabra justo como inocente y la de injusto como culpable. La puerta abierta que hay para ti y para mí está ahí porque el inocente murió por los culpables, dándonos la oportunidad de vivir una vida eterna llena de su propósito. Cuando el Espíritu de Dios te abre el entendimiento y te permite comprender esto, ingresa una luz, una luz que hace emerger la claridad en tu vida y borra toda la penumbra que te ata y te va matando poco a poco. Y cuando

esa penumbra se desvanece, es cuando empiezas a notar que Cristo no nos va a dejar igual que como nos encontró.

Y este asunto no tiene que ver solo con sacarnos de la crisis en la que estamos; es algo mucho más grande que eso: es engrandecernos internamente por su poder en nosotros, ahí en medio de esa crisis. ¿De qué sirve que Dios te saque de algo así nada más? Si así fuera, no tendrías la oportunidad de crecer en carácter, en resiliencia, en sabiduría y comprensión de la vida. Pero no, Él no nos saca así nada más de repente para evitar que crezcamos; lo que hace es imprimir su inmenso poder en nuestras vidas, logrando que, ahí, en medio de la crisis, nosotros seamos transformados de la debilidad a la fortaleza, por su gracia y amor en medio de nosotros. Y a través de esto, transforma nuestra cobardía en audacia.

Ahí, cuando notas la diferencia entre la penumbra y la claridad, es donde entendemos quién es tu amigo y quién tu enemigo. Bajo esta perspectiva cristiana, queda claro que tu amigo es el Dios eterno que ha provisto todo lo que necesitas para emerger como una persona llena de propósito, aún en la crisis que estás viviendo. Y tu enemigo será, entonces, todo aquello que quiera mantenerte en la penumbra, todo lo que quiera matar, robar y destruir tu vida. Ruego a Dios que te permita comprender todo esto y logres salir de la penumbra.

Estoy seguro de que alguien hizo lo mismo por mí en su momento; por eso, desde que escribo estas líneas,

estoy orando por ti, para que cuando te toque leerlas sepas que, desde antes, Dios estaba pensando en ti, poniendo en mí el anhelo de escribir esto para que pudieras darte cuenta de la posibilidad de resurgir de la crisis cuando pones tu vida en manos de Dios. Puedes lograrlo, pero no lo intentes solo. Necesitas de Dios.

Así fuimos creados, con la necesidad de Dios. Por eso, si no estamos conectados con Él, sentimos un vacío en nuestro interior. Mientras escribo esto, recuerdo un fragmento de una canción que compuse hace mucho tiempo. Dice así:

*Hablando de esto, siendo muy honesto,
cuando hay fiesta a nuestro alrededor,
puede que se despiste un momento
el vacío que hay en el corazón.*

*Pero el vacío se va acumulando
y gota a gota llena de ansiedad
a un corazón triste y angustiado
que se arrastra en la intranquilidad.*

*Cuando el sueño cae sobre los hombres,
cuando se revuelcan en insomnio,
ahí es donde el alma ve la muerte.*

¿A poco no?

Si “estando bien” en ocasiones se siente esto que describe la canción, ¿cómo será cuando sientes el mundo encima? Lo menciono porque sé que habrá lectores que no hayan pasado por crisis extremas y que solo estén leyendo esto por curiosidad, deseando entender cómo fue nuestra vida en esos momentos de valle de sombra de muerte. Sea como sea, ya sea con crisis y puntos de quiebre o con una historia de vida más holgada, todos hemos experimentado un vacío.

Ese vacío es una necesidad por estar completos, y algo debe llenarlo. El mundo y sus deseos ofrecen muchas opciones para satisfacer ese vacío. ¿Con cuál hemos congeniado? ¿Cuál ha sido el costo y el beneficio de esas opciones? ¿Han resuelto el problema o sigue persistiendo?

Ahora que hemos observado el territorio tratando de ver un poco más del panorama completo cuando nos encontramos en una crisis, podemos darnos cuenta de que las crisis que vivimos nos pueden dar mucho a ganar. También observamos que, en realidad, los problemas no son “tan malos” cuando los vemos desde la óptica cristiana, donde cada crisis va moldeando y perfeccionando nuestro carácter. Si es así, estamos llegando al punto en el que nos damos cuenta de que el enemigo más grande que tenemos somos nosotros mismos, cuando insistimos en quedarnos sumergidos en nuestras crisis por sentirnos incapaces de salir de ellas. Sí, debemos reconocer que hay enemigos o elementos externos que nos asedian, pero a

nivel interno, nosotros mismos somos nuestros propios enemigos. Si reconocemos esto, aumentarán nuestras posibilidades de salir de la crisis, porque para triunfar en una batalla se debe conocer al enemigo.

No eres un campeón...ni yo

Acostumbraba a decirle a mi hijo “campeón”. —¿Cómo estás, campeón? ¿Cómo te fue, campeón? ¡Ahí viene mi campeón! Así fue mientras era un bebé y un niño pequeño. Sin embargo, a medida que creció, comenzó a evadir mi mirada cuando le decía eso, sobre todo después de un partido que había perdido y en el que no había metido gol. A medida que vamos creciendo y madurando, nos damos cuenta de lo dura que es la vida. Nos damos cuenta de que no siempre saldremos vencedores, que en algunas circunstancias sufriremos golpes duros que nos dejarán moretones, y que, como comentamos en la parte anterior, esos golpes y caídas nos ayudan a ser más fuertes que antes.

Es muy común ver pláticas, cursos y hasta predicaciones donde nos quieren motivar diciéndonos que somos todos unos campeones. Es respetable esa manera de motivar, pero la realidad es otra. En la vida, no siempre vamos a ser campeones, y debemos tenerlo siempre en mente. Todo lo contrario, somos humanos, y la humanidad implica fragilidad, pero también capacidad para superar las adversidades.

Nuestro Creador no nos llama a ser campeones; nos llama a ser más que vencedores. Me llama la atención esta frase de “más que vencedores”. Por un lado, es inevitable pensar en el concepto evangélico de que el Vencedor es Cristo, y gracias a Él somos más que vencedores. Hay una analogía que lo explica bien: imagina un boxeador que llega a casa todo golpeado después de haber vencido a su rival. Al llegar, su esposa lo recibe, se alegra con él por su victoria y él, orgulloso, le entrega el cheque que le dieron por haber ganado... ¡La esposa resultó ser más que vencedora! Así lo marca el evangelio: nosotros no podemos vencer todo lo que se nos ponga enfrente con nuestras propias fuerzas; lo lograremos porque alguien venció por nosotros, y eso nos garantiza que seremos más que vencedores por medio de la victoria ganada por Cristo en la cruz del Calvario y su triunfo sobre la muerte con su resurrección. Por otro lado, ser vencedor en una batalla no lo es todo; lo importante es mantener una buena actitud, incluso cuando no nos toque vencer en alguna batalla.

Qué importante es mantener una buena actitud cuando no salimos triunfantes. Pero también cuando somos triunfadores debemos mantenerla. Innumerables atletas han salido campeones en alguna competencia y, después de ello, se pierden en su vanidad. De la misma forma en que subieron a la gloria con su triunfo, caen de ella porque no entendieron que no solo se trata de ser campeones, sino de ser más que vencedores. Quien es más que

vencedor no se marea con la gloria ni se desmaya con la derrota. Es un ser humano templado. Y lo es porque, para entender este concepto de ser más que vencedor, forzosamente tienes que tener una perspectiva del evangelio bien clara; eso te permite darte cuenta de que no se trata de ti, de tu capacidad o de tus habilidades, sino de que quien venció está por ti, está contigo, te sustenta y estás seguro en sus manos. Esto es lo que produce una buena actitud.

Una buena actitud no es aquella que tiene que ver con mirar hacia dentro y sacar toda la fuerza que hay en mí porque siento la fuerza del universo. Para fines prácticos, sí está la fuerza del universo en mí, pero no de esa manera tan ambigua, sin reconocer el nombre de esa potencia universal. Reconocemos que el Espíritu Santo, el Creador y Señor del universo, está contigo, dentro de ti, y es Él quien te hace sacar fuerzas en medio de la debilidad e ideas cuando tu mente está seca. Y pensándolo a fondo, con Cristo en ti, no tienes el universo dentro de ti; tienes a alguien que no puede ser contenido en el universo, y ese alguien es Cristo mismo, el Creador del universo. Solo piénsalo: algo tan grande que no puede contener el universo está contigo, en ti, y te ama.

Estoy feliz de ser cristiano. Mi fe es una fe inteligente, basada en un Dios que se acercó al mundo rompiendo todas las leyes de la naturaleza, y no en una fe tenebrosa e indefinida.

Ser cristiano es toda una experiencia. Cada quien tiene su propia relación con Dios. En su momento, durante la crisis que viví, tuve que dimensionar las cosas correctamente. Me di cuenta de quién habitaba en mí y de que no debía dejarme vencer por el enemigo, cualquiera que este fuera. Si Cristo, quien no puede ser contenido por el universo, estaba conmigo, no había nada que temer.

Me quedo pensando en cuál sería el evento más trágico de toda la crisis que vivimos mi esposa y yo. Después de deliberar, me doy cuenta de que no se trata de un evento en particular, sino de una etapa. Todas las etapas de la crisis tuvieron su dificultad, pero sin duda, la más difícil fue cuando salí del hospital por quinta ocasión. Aunque salimos con esperanza, esa esperanza se fue desvaneciendo poco a poco. Fue cuestión de salir de la emoción de haber dejado el hospital y darme cuenta de que estaba totalmente discapacitado, lo que llevó a que perdiera la devoción a esa esperanza que traía.

Y para colmo, recuerdo que unos días después de estar en casa, en lo que sería una rehabilitación de años, llegó un buen amigo a visitarme. Al verme, su impresión fue evidente: comenzó a llorar frente a mí y terminó vomitando en el baño. ¡Imagínate cómo me sentí yo! Si él lloró, yo almacené lamentos por dentro, como una máquina de vapor, y una vez que se fue, exploté en gemidos de desesperación.

Semanas después, mientras veía que los avances eran muy pequeños, casi imperceptibles, comenzó a decaer mi fe. Empezaron a surgir pensamientos de muerte; aclaro que no eran pensamientos suicidas, pero aunque no consideraba la muerte como alternativa, pensaba en decisiones que, a la larga, acabarían con mi alma. Y si el alma muere, solo quedas como un muerto viviente. En esos momentos deprimentes, resulta complicado pensar en cosas positivas; casi todo te arrastra hacia abajo, es como un imán que te jala a las tinieblas y no te deja salir a ver la luz.

Como mencioné anteriormente, uno de los pensamientos que me asaltó fue el de divorciarme. ¿Cómo podía arrastrar a mi esposa hacia esa vida perdida que tenía? ¡Ella no se lo merecía! Así comencé a deambular en esa posibilidad de divorciarme.

*“Somos humanos,
y la humanidad
implica fragilidad,
pero también
capacidad
para superar
las adversidades.”*

Pensaba en irme a una montaña, quedarme ahí solo hasta que Dios me llevara con Él. Una idea absurda, por supuesto. ¿Cómo iba a subsistir en ese lugar si no podía valerme por mí mismo? ¡No podía ni llevarme una cuchara de comida a la boca! ¡Háganme el favor! Pero así es la

depresión: te hace pensar en cosas absurdas, te engaña, y si no logras salir de ahí, te arrastra para nunca regresar.

Afortunadamente, de pronto apareció una frase en mi cabeza, una que había leído y escuchado una y otra vez. Y llegó en el momento preciso. Esa frase es un texto bíblico que seguramente ha resonado en muchas mentes y ha sacado a otros de su letargo. Es: “El ladrón no viene sino para matar, hurtar y destruir, pero yo he venido para que tengan vida, y vida en abundancia”⁷.

Las palabras cobran sentido dependiendo de quién las diga. En este caso, fue Cristo. Dios hecho carne. El que es digno de confianza. El inquebrantable. El que me iba a sacar de ese valle de sombra de muerte en una sola pieza. Enterito. ¿Cómo no confiar en Él? ¿Cómo no cobrar ánimo? ¿Cómo no ver esas palabras como una luz en el camino que me invitaba a salir de la penumbra? Me sentí renovado.

Me considero algo inteligente, y claro que para luego es tarde. Me sentí atraído por esas palabras; podría decir que me abalancé hacia ellas, pero en realidad fue una atracción: fue Cristo atrayéndome hacia Él. Yo no tenía las fuerzas ni la actitud para hacerlo. Él fue quien venció esa y todas las batallas, no solo de esa crisis, sino de toda mi vida. Es por ello que ahora tengo no solo vida, sino vida en abundancia. Y aquí estoy, no solo con una buena actitud, no siendo un campeón, sino siendo más que vencedor.

Si pudiéramos decir que un cristiano que ha recibido el regalo de ser más que vencedor es una persona que tiene esa buena actitud de la que hablábamos hace unos momentos, tendríamos que definirla. Pienso que más que la forma, es el fondo de ella. Pero dándole forma, podríamos pensar en lo que el evangelio nos arroja. Por un lado, es el ejemplo latente de Cristo; su vida aquí en la tierra es un patrón. En palabras bíblicas, es una estatura a la cual llegar, la estatura del varón perfecto: Cristo. Por otro lado, es el fruto del Espíritu. La Biblia nos enseña que ese fruto contiene: “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza”⁸. Y podríamos seguir mencionando tantas recomendaciones que hace Pablo, el Apóstol, en las cartas que aparecen en la Biblia. Pero más que la forma, es el fondo. En el fondo hay agradecimiento por la nueva vida, por la identidad, por la plenura y plenitud que solo Cristo puede darnos.

Cuando una persona vive así de agradecida y plena, es transparente; se le ve el alma por los ojos. Tal cual como en una alberca con agua limpia, logras ver lo que se mueve por debajo del agua; en esa persona ves con claridad la alegría y la paz de Cristo. Esa es la buena actitud a la que nos referimos: una actitud que no tiene nada que ver con algo que se genera por la virtud y personalidad de un individuo, sino más bien es cuando el individuo se hace a un lado, muere a sus propios deseos para ser regenerado por el Espíritu de Dios en su vida, y de esa manera, viene a nacer de nuevo y ser transformado en un cristiano.

Necesitamos nacer de nuevo, que no es otra cosa que ser la nueva persona que surge cuando Cristo está en ti. Solo así lograremos tener esa buena actitud que emana de un hombre renovado y transformado por Cristo. Solo así somos capaces de darnos cuenta de lo eterno versus lo temporal. Cuando distinguimos esto, se abre un nuevo entendimiento y descubrimos que, sin importar la magnitud del enemigo que se nos presente, no existirá en nuestras posibilidades la idea de rendirse y tirar la toalla. Nos armaremos de valor y nos mantendremos firmes como aquello en lo que nos hemos transformado: en más que vencedores.

Más vale paso que dure que trote que canse.

Hay una canción del grupo de rock mexicano El Tri que dice:

*“El chiste no es llegar hasta arriba,
sino quedarse ahí toda la vida,
pero es difícil, difícil que lo puedas hacer”⁹.*

Si miro hacia atrás en mi vida profesional, me doy cuenta de que la constancia ha sido lo que me ha sacado a flote. Tengo algo de talento, lo reconozco y lo agradezco, pero si me comparo con otros, quedaría atrás; la constancia, sin embargo, es la que me ha permitido tener el éxito que quizás otros no han podido lograr. He podido

confirmar que la constancia es una virtud que se manifiesta de manera efectiva en todas las áreas de nuestras vidas.

No sé en qué momento de mi vida desarrollé esta virtud. Por lo que he experimentado, pienso que la constancia, aunque en algunos temperamentos viene con mayor dotación, no es algo exclusivo de un temperamento. Más bien, hay eventos en la vida donde la aplicas y funciona, de tal modo que centras tu atención en ella y optas por desarrollarla porque te das cuenta de que realmente vale la pena.

Sin importar si se trata de aspectos del alma, del cuerpo, de nuestra interacción con el entorno o de lo profesional, la constancia es algo que nos permitirá no solo mantener el avance proyectado, sino crecer, y hacerlo exponencialmente.

Hay una parábola bíblica muy conocida, la de los talentos¹⁰. En ella, vemos cómo aquel individuo que elige guardar el talento que le dieron se queda estancado, mientras que los que eligen desarrollar sus talentos logran crecer al doble. Si Jesús hubiera hecho una segunda o tercera temporada de esa historia, seguramente habríamos visto un crecimiento exponencial. Lo maravilloso de este crecimiento es que la constancia permite que las cosas sucedan de manera natural. Y es importante destacar que, generalmente, notas este crecimiento en retrospectiva, no en perspectiva.

Es decir, notas el crecimiento cuando miras hacia atrás, después de haber sido constante durante un buen tiempo;

no precisamente al iniciar algo. Aunque intentemos planificarlo a futuro, la constancia siempre te sorprenderá y te dará más de lo que habías planeado. Es curioso, pero esta virtud a menudo engaña incluso a las matemáticas.

Un ejemplo es Alex Lora, el autor de esa canción que mencioné anteriormente. No evaluemos su cultura ni sus costumbres, que pueden chocar con algunas de las nuestras. En sus inicios, fue un músico prácticamente de calle en la Ciudad de México, ¡imagínate sus costumbres! Su contexto social le llevaba a tener un lenguaje muy florido, por mencionar algo, ¡Ja, ja! Pero lo que quiero resaltar es que, cuando compuso esa canción, no se imaginó que años después la estaría tocando con la Orquesta Sinfónica de México en el Palacio de Bellas Artes. Y, sin embargo, así ocurrió.

Viendo el video de esa ejecución, puedes notar la riqueza en cada una de las palabras de la pieza musical y darte cuenta de que, con base en su constancia, estaban logrando algo impresionante. Escuchar y ver a un músico de orquesta disfrutar al interpretar una canción popular de tal naturaleza trasciende los límites culturales que a veces imponemos. A menudo, le damos estatus a los géneros musicales, y aunque hay algo de verdad en eso, en este caso, esos límites culturales fueron superados. Esto, probablemente, se deba a que cada palabra cantada de esa canción tiene un significado especial tanto para el músico de la orquesta como para ti y para mí. Es un recordatorio

de cómo la música puede unirnos, independientemente de nuestras diferencias.

Y hay otra parte de esa canción:

*“Si quieres llegar a la mesa puesta,
nadie te la va a poner.*

*Lo que no hagas por ti mismo,
nunca nadie lo va a hacer”.*

¡Este verso es un llamado a la acción! No necesita explicaciones. ¿Qué tanto de lo que no hemos conseguido tiene que ver con falta de acción de nuestra parte? ¿No avanzamos o iniciamos porque aún no tenemos todo lo que necesitamos para poder tener éxito? Me gusta esta frase de Theodore Roosevelt: “Haz lo que puedas, con lo que tengas, en donde estés”. ¡Esto es tener éxito! Generalmente, lo asociamos a los logros que son muy vistosos y de mucho glamour. Pero el éxito a veces está escondido en lugares y personas insospechados. Y más allá de entrar en el tema de lo tangible y lo intangible, ¿cuántas personas conocemos que, sin tener mucho materialmente, nos dejan o nos dejaron una tremenda influencia por su ardua labor en equis causa? Y todos ellos lo hicieron sin “tener la mesa puesta”; simplemente obedecieron un llamado interior, dominaron la voluntad, la convirtieron en voluntariado, se dejaron de excusas, de victimismos, e hicieron lo que pudieron, con lo que tenían, en donde estaban. Eso es éxito. Como dice el dicho: “El que es buen gallo, donde quiera canta”.

En fin, la constancia es una parte fundamental en el avance de cualquier cosa que emprendamos. Y eso fue algo esencial en aquella época de minusvalía. Recuerdo todas las terapias que me dieron, algunas relacionadas con los movimientos finos de mis manos. No sabía que existían y que eran de los más difíciles de rehabilitar. Pasé semanas en terapias de movimientos finos. Fue humillante ser un joven de casi 30 años y estar al lado de niños de entre 4 y 7 años haciendo ese tipo de ejercicios. Ellos estaban ahí por algún problemita de madurez motriz, como

“Cuando tienes la capacidad de ser constante en medio del sufrimiento, esa capacidad es un regalo de Dios.”

para incentivar sus músculos y otras partes relacionadas con los movimientos de sus manos, pero yo estaba ahí por una disminución alarmante en mis manos a causa del virus que me atacó.

Tenía que volver a reactivar cada parte del sistema nervioso relacionada con los

movimientos finos de mis dedos. Y ahí estuve, tenaz y constante; no pudo haber otra manera. Lo mismo sucedía en mis terapias en la alberca. Estas eran para reactivar mi fuerza en las extremidades superiores e inferiores, lo que ayudaría a mejorar mi equilibrio. Esa terapia también fue humillante. Me topaba con jóvenes y adultos que me veían como un bicho raro. Ellos llegaban y se cambiaban en los vestidores rápidamente: uno, dos, tres y listo. Yo

me tardaba minutos y minutos para estar listo. Mis movimientos eran torpes y lentos. Y luego, llegar a la alberca era todo un reto. Al llegar al agua, todos saltaban como unos nadadores para iniciar su deporte. Yo, para empezar, llevaba un chaleco salvavidas, y bajar al agua era toda una odisea... y ni qué decir de la salida.

En todo esto, tuve que mostrar tenacidad y constancia. Ah, y otra terapia fundamental fue la visual. Pasaba horas en una terapia de color, viendo distintos colores proyectados para incentivar mis ojos a volver a ver adecuadamente, poco a poco. Además, yo mismo hacía mis terapias del habla. ¡Y qué decir de mis años como vegetariano! Era todo un reto alinearme a ese régimen alimentario con el fin de, según la metodología que seguía, dejar de alimentar con proteína animal al virus que me atacó. ¡Y funcionó! Ser tenaz y constante da resultados. No fue de la noche a la mañana; pasaron meses en algunos casos y años en otros, pero funcionó.

Hoy puedo mover mis manos adecuadamente para escribir con rapidez en la computadora, puedo tocar nuevamente el piano, la guitarra, el bajo, etc. Hoy nado sin problema durante cincuenta minutos continuos, tres veces a la semana. En relación a mis ojos, ya puedo leer un libro y ¡ya puedo manejar de nuevo! ¡Algo impensable! En cuanto a la alimentación, el régimen vegetariano funcionó en su momento, y hoy ya puedo comer proteína animal.

La constancia funciona de maneras insospechadas, y claro que la utilizo en todas las áreas de mi vida.

Sin embargo, es importante recordar que, cuando pasas por momentos difíciles en la vida, cuando sufres debilidad y aprendes a ser resiliente, debes mantenerte en humildad. Puedes llegar a creerte un estoico, de esas personas que se asumen inquebrantables; pero la realidad es que, cuando tienes la capacidad de ser constante en medio del sufrimiento, esa capacidad es un regalo de Dios. Lo aceptes o no, te des cuenta o no, es un don divino.

Hay una palabra en la Biblia que describe perfectamente este asunto de ser constante en medio del sufrimiento: longanimidad¹¹. Se refiere a la estrecha relación entre la perseverancia y la constancia, a ese ánimo que surge frente a los obstáculos y las adversidades. También se relaciona con la benignidad, la clemencia y la generosidad. Si lo analizamos a fondo, nos damos cuenta de que estos factores no pueden generarse solos en el ser humano; son el fruto del Espíritu de Dios operando en nuestras vidas, ayudándonos a mantenernos fieles a Él a lo largo de nuestras vidas.

¿Te fijas? Es un asunto más profundo que simplemente tener una buena actitud ante la vida; es una cuestión de convicción. El Espíritu Santo nos convence de alinearnos al propósito de Dios, incluso a pesar de las dificultades que enfrentamos. Esto da claridad a lo que te cuento sobre mi vida, porque no fui un ser humano superdotado

de constancia que logró sobreponerse a las adversidades provocadas por un virus que afectó mis posibilidades motorices, sino simplemente un bienaventurado que recibió, antes de la longanimidad, un espíritu humilde y manso que le permitió generar constancia como resultado del fruto del Espíritu de Dios en su vida.

Nos podemos engañar pensando que somos nosotros, pero la realidad es que todo es gracia de Dios. Lo importante es mantener el paso, no aflojar y seguir adelante hasta cumplir el objetivo.

Reflexionando sobre los efectos de la constancia en el ser humano, y la sensatez que debemos tener respecto a lo que pensamos de nosotros mismos cuando la aplicamos, llegamos a un panorama donde nos damos cuenta de que, cuando la constancia y la sensatez van de la mano, es porque tenemos un vínculo con la devoción de saber que no se trata de nosotros, sino del Creador operando en nuestras vidas para alinearnos a Su propósito. “Cada carga nos prepara para la eternidad”¹², decía la frase de un varón que vivía bajo los efectos de una discapacidad permanente. Si esta frase la hubiera dicho alguien considerado superdotado, no tendría el mismo impacto; sin embargo, fue escrita por alguien cuya privación le dificultaba la vida. Y aunque esta frase cobra sentido por quien la escribió, la verdad es que aplica para todos, seamos discapacitados o no. Puede que tengamos la fortuna de

no tener una discapacidad motriz, pero es probable que enfrentemos otro tipo de minusvalía.

Para aclarar el punto, te cuento esta anécdota. Resulta que, en una ocasión, en un estacionamiento de supermercado, una señora se estacionó en un lugar reservado para personas con discapacidad. Al bajarse de su auto, un señor se le acercó amablemente y le sugirió que debería quitarse de ese lugar, ya que ella no tenía las características motrices de quienes deben ocuparlo. Ella, notablemente molesta, le respondió con groserías que no se iría. Después de un breve diálogo que fue subiendo de tono rápidamente, el hombre, concluyó la conversación diciéndole: “Tiene usted razón, usted sí es una discapacitada”. Ella, sorprendida, se quedó en silencio. El señor continuó su cierre de diálogo diciendo: “Es usted una discapacitada mental”.

En su momento, me pareció una respuesta muy irónica y graciosa, pero también atinada y llena de razón. Esto nos hace notar que todos podemos tener algún tipo de discapacidad, incluso teniendo todas las posibilidades motrices a nuestro favor. La señora, sin embargo, mostraba más bien una falta de empatía, lo cual no necesariamente es sinónimo de una discapacidad mental. Por tal motivo, a todos nos aplica esa frase de “Cada carga nos prepara para la eternidad”, porque todos, de alguna manera, vamos por la vida enfrentando distintos sufrimientos que Dios utiliza para moldear nuestras vidas. La vida

es un proceso de formación, y si nos dejamos moldear, terminaremos, día tras día, más cercanos a la estatura del varón perfecto, que es Cristo. Su ejemplo de vida es nuestra meta, y mientras tanto, en el día en que nos unamos eternamente a nuestro Dios, seremos, como dice la Biblia, “transformados de gloria en gloria”¹³. Es decir, la luz de Cristo en nuestras vidas nos alumbrará de tal manera que lograremos sobreponernos a nuestras tribulaciones y angustias, haciendo manifiesta la capacidad de longanidad que Dios ha depositado en nosotros. De este modo, brillaremos y, en lugar de causar lástima, causaremos admiración por la manera en que caminamos firmes en medio del valle de muerte que nos toque vivir.

Así que, ya sabemos: la vida asume dolor, pero si permanecemos con fe, lograremos que nuestro paso sea firme y constante, un paso que dure hasta nuestra meta final.